

A prueba de muerte

Se dice que la venganza es un plato que se come frío, que el pago con aquella misma moneda con la que se nos lastimó debe hacerse sin el arrebato pasional que nos ciega y nos hace errar el golpe que ha de resarcirnos. Se insiste en que la reivindicación a nuestra dignidad (moral y física) pisoteada debe ser producto de un cálculo sereno, racional, para que el mal y el daño revirados penetren con exactitud en el adversario. De lo contrario el vengador quedará frustrado al no desahogar la catarsis que limpie su cuerpo y alma de la herida que no cierra.

La venganza, se recomienda, debe tener una estrategia que garantice que el enemigo no podrá devolvernos el golpe, esto es: la venganza debe anular el regreso de una nueva venganza dirigida contra nosotros, aunque en la mayoría de los casos este ponerse al parejo de unos y otros cae en una espiral interminable de ires y venires que podría detenerse sólo hasta el exterminio de los vengadores, o simplemente cuando el cansancio ha extraviado el sentido mismo de la venganza. ¿Cuántas venganzas de pronto se alejan del origen que las parió y se vuelven simples actos de cobardía, xenofobia, rabia sin nombre ni rostro?

¿No será que cuando hemos llegado al momento de ejercer nuestro posible poder vengador, luego de tanto cálculo desapasionado, no tenga ya sentido ver morder el polvo a nuestro enemigo? El tiempo se lleva lejos —al pasado— la emoción, la locura, la villanía; se lleva lejos los atavismos que nos separan de los animales, porque ellos no envenenan sus almas con rencor, no tienen que serenarse para perdonar ni hacer viajes de culpa para pedir perdón.

Por eso es que la venganza es un plato que, o se come caliente o se tira al bote de los desechos. Claro, esto es mera suposición, porque el alcance de nuestras pequeñas venganzas ordinarias y cotidianas no desencadenan batallas mortales ni eslabones interminables que van de generación en generación, como herencias malditas y absurdas.

Para eso está el arte, al menos el entretenimiento como una forma del arte. Para ponernos en los pies y en la cabeza del vengador, del vengado. Las buenas obras narrativas nos llevan a los espectadores con

la pasión, aún viva en nuestra memoria, al ajuste de cuentas y, bajo sus reglas de verosimilitud, nos justifican todo acto de vindicación irracional.

En *A prueba de muerte*, Quentin Tarantino nos sumerge en el mundo entrañable de dos grupos de mujeres bravas, llenas de una admirable, poderosa energía sexy, chulas y desmadrosas, chavas autónomas, liberadas de los yugos machistas, que de pronto son atajadas por la azarosa violencia de un macho sicópata que anda nomás por allí matando hembras monumentales, valkirias tejanas, amazonas de la urbe moderna, un bárbaro rubio que a final de cuentas es la suma de todos los desprecios, opresiones y discriminación que la sociedad masculina ejerce sobre las mujeres.

Pero, al menos en este mundo extraño de la ficción tarantinesco-exacerbada, la venganza en estado de ebullición, quemante, es ejercida en el momento justo, sin cálculos ni serenidad, con toda la locura que alienta a tomar la justicia en propias manos. Y quién mejor para vengar a las mujeres sacrificadas que otras mujeres, guerreras fílmicas en un universo que es un homenaje al cine de las películas serie B gringas, al cine de las guerreras de la carretera.

En *A prueba de muerte*, Tarantino nos hace un largo guiño a los espectadores —cinéfilos retro— que, si no nos volvemos cómplices de él, nos podríamos aburrir o encabronar en los largos planteamientos que de golpe son cerrados, como si fueran dos episodios aislados de una serie de televisión, por secuencias de una velocidad, tensión y violencia pasmosas, en cascada de referencias que van desde carteles de películas mexicanas pegadas en los muros de un bar de Austin, hasta brincos, pegotes y rayones en las copias, como si viéramos un viejo filme de los setenta.

Tarantino incluso se cita a sí mismo con un interminable plano secuencia circular, y a otros muchos directores de *road pictures* serie B y pelis *gore* archivadas en la memoria del director. Él nos muestra de dónde ha abrevado para hacer su propio cine, no como un acto de venganza, sino como un homenaje-divertimiento con un asunto filosófico en su trasfondo, porque él y sus diosas fílmicas degustan el plato de la venganza recién salido del horno. ¶

* Músico, cineasta y escritor. Fundador del grupo de rock *Botellita de Jerez* e integrante de *El Palomazo Informativo*.

A PRUEBA DE MUERTE
EU, 2007

Dir. Quentin Tarantino.
Con Kurt Russell, Rosario Dawson, Rose McGowan y Sydney Tamiia Portier

